



Cartel del biopic 'Maestro', donde no aparece su protagonista. Se puede ver en salas y, el 20 de diciembre, en Netflix

Bernstein, una cuestión de narices

por Rafael Ortega Basagoiti

La dictadura de la corrección política sigue llevando al mundo de la cultura en general, y de la música en particular, a extremos demenciales. Recordemos algunos ejemplos. Uno de los componentes de la Canadian Opera Company, Richard Lee, de ascendencia china, miembro del Comité de Inclusión, Diversidad y Equidad de la compañía, decidió que *Turandot*, de Puccini, era «ofensiva» para el público oriental. Entre otras lindezas, decidió que los tres ministros (Ping, Pang y Pong), personajes inspirados en la comedia italiana, debían llamarse de otra forma, en concreto Jim, Bob y Bill, para no herir sensibilidades. Y con esa chuminada campestre, todos contentos. Después vino la ola de «apropiación cultural», y lo que toda la vida ha sido maquillaje y caracterización se ha visto arrastrado a un mar de «uy, cuidado, que se ofenden». Y así han venido los cabreos porque para el papel de *Otello* se contratara a un tenor blanco y se le maquillara de negro, o la polémica más reciente del maquillaje oscuro de Anna Netrebko cuando cantó *Aida*. Esta ola de mojigatería, curiosamente, se da la mano con la peor de las tradiciones censoras autocráticas (*Turandot* estuvo prohibida muchos años en la China de Mao, por considerar que menospreciaba a los chinos), pero ahora se disfraza de un progresismo que, por supuesto, no es tal. Cuando uno empieza a recorrer esta neurosis (desengañense, de una neurosis se trata, y con manía persecutoria), difícilmente sabe dónde acaba, porque las neurosis, si no se frenan, suelen acabar fatal. Así que, en la continuada escalada hacia el absurdo, tenemos un nuevo ejemplo, que tendría que llamar a la risa y en realidad reclama el llanto.

Lo protagoniza una película, estrenada en el Festival de Venecia y que próximamente podrá verse en la plataforma que la ha financiado, Netflix, con coproductores como Spielberg y Scorsese. Hablamos de *Maestro*, una biografía, ahora llamada *biopic*, sobre Leonard Bernstein, que como es bien sabido, fue un excepcional artista de rara y polivalente capacidad: compositor, pianista, director de orquesta, ensayista y divulgador. Personaje de extremos, de ahora (después de muchos dimes y diretes) aceptada bisexualidad, muchos de sus comportamientos serían hoy día rápidamente incorporados a la cámara de los horrores de la moderna mojigatería. Desde los excesos de efusión (besaba a todo el que se ponía al alcance, como muestra más de una imagen) hasta sus devaneos homosexuales y sus infidelidades a la mujer que amaba y a la que estuvo ligado la mayor parte de su vida, Felicia Montealegre. Pero más allá de los aciertos o errores de la película, que merecerán comentario cuando la vea-



BRADLEY COOPER INTERPRETA A BERNSTEIN EN 'MAESTRO'.

Tiene narices que, con todo lo que hay que valorar sobre Leonard Bernstein, terminemos hablando de su apéndice nasal por culpa de esta payasada de la apropiación cultural elevada a la categoría de histeria

mos, lo que llama la atención es que esa marea neurótica de estreñimiento mental ha desencadenado un follón del quince porque a Bradley Cooper, que ha dirigido la película y encarnado a su protagonista, le han colocado una nariz protésica, para que su apéndice nasal se aproxime a la prominencia que tenía la del músico. Los hijos de Bernstein han expresado públicamente su apoyo a la película y negado que en absoluto se trate de un retrato que menospreciara a la raza judía (Bernstein era judío, como es bien sabido), algo que también ha defendido la poderosa Liga Antidifamación, organización también judía.

Uno llega a preguntarse si, para evitar esta grotesca situación, habría que haber retratado a un Bernstein «chato», o con una nariz de quita y pon, como

la de la ópera de Shostakóvich. Yo voy al espejo y veo que tengo una nariz importante. Pero como no soy célebre, nadie hará un *biopic* sobre mí, y mis allegados no tendrán mayor cefalea defendiendo que mis narices eran prominentes, qué le vamos a hacer. La prominencia nasal no tiene necesariamente que ver ni con la apropiación cultural, ni con ningún movimiento contra las «caras judías», ni contra la contratación de gentiles para encarnar judíos.

Es sólo una cuestión de narices. Y tiene narices que, con todo lo que hay que valorar sobre Bernstein, terminemos hablando de su apéndice nasal por culpa de esta payasada de la apropiación cultural elevada a la categoría de histeria. **L**